



Familiares de detenidos desaparecidos, junto a parlamentarios, en Villa Grimaldi, cuando el recinto fuera abierto por primera vez después de la dictadura.

Villa Grimaldi (Cuartel Terranova):

Parque del Terror, del Recuerdo y de la Paz

peores "poderes fácticos", a nombre de los pobres o a nombre de una utópica sociedad mejor. Pues también se violan, y mucho más, cuando se mantiene, a lo largo de tres siglos, a la mitad de la nación sumida en la pobreza, en la exclusión y a menudo en la represión. Pues ni la ley ni el Estado prohíben la pobreza ni la exclusión, ni luchan contra ellas con la misma furia que, más a menudo que lo que se cree, luchan contra la humildad que se rebela contra esa situación.

Hoy se nos dice: "todo aquello fue dolorosamente necesario para ser el modelo que de nuevo somos como sociedad". Que, por lo mismo, sólo cabe develar la verdad "en la medida de lo posible", y luego, olvidar. Porque, nos guste o no, dimos al mundo una lección de cómo se debe luchar contra el marxismo y de cómo construir un eficiente modelo neoliberal.

Que ahora, con orgullo, podemos decir que somos "los fenicios" de América Latina: un ejemplo de nación mercantil abierta sin restricciones a todo el mundo. Todo lo cual vendría a demostrar que las "razones pragmáticas de Estado" valen más, a la larga, que todo el griterío de los que "enloquecimos" luchando por los trasnochados derechos del pueblo. De modo que esas "razones", en último análisis, o sea, según la medición de su impacto real, están por encima de los derechos humanos.

Hoy, nadie osaría proclamar la

Es necesario culturizar a la masa ciudadana total de este país (no sólo a los niños y a los civiles), pero en el sentido preciso de que todos aprendan a tomar decisiones, a administrar servicios públicos, a controlar todo poder representativo, a des-militarizar y des-materializar la sociedad; a ser, en suma, seres solidarios, plenos ciudadanos participativos. De manera que no quede nadie en condiciones de esconder armas en la manga para sacar cuando se pierda el juego ante competidores más humanos o más deprivados.

... Porque la verdadera paz sólo se consigue cuando todos formamos una comunidad participativa, abierta y dialogante, transparente y solidaria, sin poderes escondidos bajo las formalidades de una ley.

LA PAZ QUE BUSCAMOS

Hoy, que estamos de nuevo aquí, podemos decir: la paz no es un simple parque, ni novecentista ni arrasado. No es un símbolo, una paloma blanca o una bandera o un discurso jurídico o patriótico. Ni puede ser un simple modelo retórico de reconciliación para las generaciones del siglo XXI. Este Parque por la Paz, será la representación de todos los lugares de tortura y detención que existieron durante la dictadura.

Porque la paz es, primero que nada, un recuerdo solidario de per-

Patricio Bustos, sobreviviente

II Parte

Todos los discursos de poder nos enseñaban, antes de 1970, que Chile era un modelo de estabilidad democrática. Que éramos un verdadero ejemplo, en América Latina y aún en el mundo, de respeto a la ley y a la institucionalidad. Que debíamos sentirnos orgullosos de nuestros estadistas, de nuestros jefes militares, de nuestros jueces, porque daban muestras palmarias de civilidad democrática, racionalidad y juridicidad. Que, en Chile, el sistema democrático constituía no sólo un aparato formal, sino una cultura profundamente internalizada, una manera de ser arraigada. Una identidad definitiva.

El "modelo" democrático, llegado 1973, fue aventado en pedazos. La Constitución de 1925, tan elogiada y defendida pero al mismo tiempo tan inútil, murió al primer disparo. Los jefes militares demostraron de inmediato que podían desplegar, contra sus propios compatriotas y conciudadanos, sin ninguna inhibición jurídica, todos los horrores profesiona-

les de la guerra sucia. Los estadistas civiles, haciendo cálculos sobre su propio futuro, guardaron prudente silencio. Y los jueces, repentinamente enceguecidos, dejaron hacer, y dejaron pasar. La ley y la institucionalidad no protegieron a nadie. El sistema democrático no pudo detener, pese a su fama y prestigio, la bestialidad que se desató por calles, hogares y jardines: las fuerzas ocultas de la historia eran y fueron, sin duda, más fuertes que él.

Cabe reflexionar, pues, sobre cuánto valen el Estado, los jueces y la ley, frente a la historia. Sobre qué bases puede asegurar el ciudadano su vida, su futuro, su paz, cuando el Estado, los jueces y la ley han demostrado no ser lo que son o lo que alguna vez dejaron de ser.

Cuando el ciudadano ha sido enseñado, a golpes, a desconfiar de las "estructuras sociales", sólo puede continuar confiando en sí mismo, tratando de ser él, exclusivamente, el protagonista central de la historia.

Como único insobornable portador de los derechos sociales a la plena humanidad.

... Porque la verdadera paz consiste en reconocer la historia en toda su cruda verdad, y en posesionarse por sí mismo de todos los

derechos que hacen del hombre y la mujer verdaderos actores de su historia.

NO NOS ENGÑEMOS

Esta conclusión, sin embargo, no es nueva en Chile. Los pobres de este país la han concluido para sí mismos muchas veces, desde hace varios siglos. Pues saben que, ocurra lo que ocurra en las superestructuras de la ley y el Estado, ellos tendrán que ser los indelegables actores históricos de su propia pobreza y de su propia marginación. Para ellos, las locuras que engendra el poder no son cosa de un verano, o de 17 años, sino de generaciones. Ni la viven concentrada de golpe en un jardín de 1900, sino lentamente, por gotas, en su propio hogar. Hundidos en esos lentos torrentes de historia social que reptan bajo la retórica de la sociedad "modelo" que antaño fuimos y que hoy, según se nos dice, seguimos siendo.

No nos engañemos: los derechos humanos no sólo se violan cuando se tortura y se masacra, en lugares como esta Villa, a miles de militantes atrevidos que conciben la "terrorista" locura de desafiar políticamente la ley, los jueces y el Estado, nido permanente de los

supremacía de las razones de Estado por sobre los derechos humanos de quienes creen que tienen derecho a la historia.

Sin embargo, los que una vez creyeron eso y dijeron desembozadamente eso, están todavía allí, creyéndolo, pero en silencio. Atentos, agazapados detrás de la ley y la institucionalidad; vistiendo uniforme o ropaje civil y maneras de civilidad, pero con sus poderes fácticos intactos.

No podemos seguir evaluando históricamente el terrorismo de Estado sólo en función de que logró la expansión de nuestras relaciones económicas externas, sino también por su impacto real en la subjetividad de los chilenos y en su sentido histórico del presente y del futuro.

Lo primero no puede hacer ignorar lo segundo. Pues los "efectos sociales y familiares" del terror, como dice la Comisión Rettig, permanecen en el largo plazo, y existen, de diversas formas, hasta hoy. Y persistirán hasta mañana. Los procesos históricos no olvidan.

... Y la verdadera paz no se construye con relaciones mercantiles, sino con relaciones humanas. No acumulando ganancias obsesivamente, sino, humanizando solidariamente hasta el último de nuestros semejantes.

manente humanidad. La presencia permanente de ese amigo sonriente que se jugó por sus ideales y murió aquí mismo, masacrado por el terror y por un Estado enloquecido. Pero la paz es también el recuerdo de la bestia que se esconde y que, a mansalva, reaparece.

Porque la paz es, también, denuncia, investigación, justicia, solidaridad. Es el empeño inculcable e intransable de saber el destino de niños, mujeres y hombres que fueron hechos desaparecer o fueron asesinados.

Porque la paz no se construye sólo en la ley o desde el Estado, sino, sobre todo, en las acciones concretas, en los hechos. Es decir, en la historia. Donde todos podemos ser verdaderos actores. Donde, por ser tales, podemos cultivar todos los poderes, incluso el de nosotros mismo, para así dominar las bestias que se ocultan en los sistemas sociales, evitando que escapen al control directo del ciudadano.

Las siluetas de las compañeras y los compañeros que anidan en los rincones de este parque arrasado, nos ayudarán, ahora y siempre, a construir la verdadera paz.

Santiago, diciembre 10 de
1994.